

El primer radicalismo y la 'cuestión de la nación'. Acerca de un vínculo identitario fundacional

Francisco J. Reyes
Universidad Nacional del Litoral
CONICET

reyesfranciscoj@live.com



Resumen

Este trabajo aborda la forma en que el primer Radicalismo argentino creó una identidad política lo suficientemente vigorosa como para ser retomada luego de su fracaso originario. El foco del análisis propuesto se posa en sus primeros años: la experiencia de la Unión Cívica, su posterior división y la lógica a partir de la cual los radicales se posicionaron ante determinadas coyunturas, problemas y cuestiones claves, esgrimiendo en cada uno de los casos el argumento de hablar en nombre de la Nación y el patriotismo. La hipótesis que se sostiene plantea que su contexto de formación determinó que esa identidad se inscribiera en una incipiente "cultura política nacional", que no haría sino extenderse a partir de la última década del siglo XIX, de donde la agrupación extraería los fundamentos de sus mitos, ritos y símbolos, así como los criterios de legitimidad de su acción política.

Palabras claves: Unión Cívica Radical - Nación - identidades políticas - culturas políticas

Abstract

This paper address the way in which the first Argentinean Radicalism created a political identity vigorously enough to be review after its original failure. The main point of analysis proposed starts on their early years: the Union Cívica experience, its posterior division and the logic from which the radicals positioned in the different junctures, problems or key issues, wielding in each of the cases the argument of speaking on behalf of the Nation and patriotism. The hypothesis that it is maintained here holds that the context of formation determined that that identity enrolled in an incipient "national political culture" that would extend since the last decade of the XIX century, where the party would extract their myths, rituals and symbols, as well as the legitimacy criteria for their political action.

Keywords: Unión Cívica Radical - Nation - political identities - political cultures

Francisco J. Reyes, "El primer radicalismo y la 'cuestión de la nación'. Acerca de un vínculo identitario fundacional". Cuadernos del Ciesal. Año 10, número 12, enero-diciembre 2013, pp. 127-148.



I. Introducción

Existe una relación escasamente recorrida por la historiografía, aquella que liga la Unión Cívica Radical (UCR) y su autoconcepción identitaria con la idea de Nación; más específicamente, cómo fue construyéndose dicha relación en términos de cultura política y a través de qué canales se expresó. Tal perspectiva implica concebir a esta agrupación política nacida en la década de 1890 como de alguna forma preconfigurada por su contexto de emergencia, pero al mismo tiempo como un actor político que contribuyó, entre otros, a la "nacionalización de las masas" -según la fórmula de Geroge Mosse- a partir de la sedimentación de experiencias, ideas y prácticas que se pensaban con un sentido "patriótico" o "nacional".¹

Por cultura política entendemos, antes que nada, un discurso específico, un lenguaje codificado que remite a un universo signifiante portador de normas y valores que permite reconocerse a todos aquellos que se sienten parte de ella, expresando y condensándose en determinadas palabras claves, símbolos y ritos políticos.² De forma que el prisma que aquí privilegiaremos para abordar la construcción de la identidad política de la UCR es esa familia de culturas políticas, primero emergente y al poco tiempo dominante en el cambio del siglo XIX al XX, que fue el nacionalismo, de continua elaboración hasta ser aceptada de forma casi consensual hacia el momento del Centenario -aunque a su interior muchos se reclamaran como antagonistas entre sí-. En este sentido, términos como "patria" y "nación", si bien no necesariamente intercambiables y con evoluciones semánticas significativas, actuaron sí ambos en el lenguaje político dominante, a la vez, como expresión de un sentimiento y como principio de legitimidad de la acción política.

La mencionada autoidentificación del Radicalismo con la Nación ha sido, sin embargo, objeto de una serie de observaciones que ligan dicho vínculo a la figura de Hipólito Yrigoyen como promotor de una verdadera metamorfosis en la retórica de la agrupación, al alejarla de la raigambre más "liberal" de los años fundacionales.³ Nuestro planteo no niega de plano dicha afirmación sino que se pregunta, más precisamente, cómo fue ello posible y, en segundo lugar, por qué dicha operación terminaría siendo exitosa. Al respecto, aquí sostenemos que es necesario indagar en los orígenes mismos primero de la Unión Cívica y luego de la UCR, así como la forma en que ambas se posicionaron en determinadas coyunturas puntuales, para dar cuenta de cómo el argumento "nacional" se encontró tempranamente en el núcleo de sus planteos políticos. En efecto, que Yrigoyen pudiera esgrimir hacia el Centenario, en una disputa interna de la conducción de la UCR, que "Su causa es la de la Nación misma" porque "somos legionarios de la sacrosanta causa por la que nos debatimos en bien de todos, desde que

1. Goerge Mosse ha planteado los procesos de *nacionalización de masas* en la mediana duración y como producto de múltiples y sucesivos aportes de distintos actores sociales y políticos, estatales y no gubernamentales, muchas veces enfrentados políticamente pero abrevando y contribuyendo a la conformación de un conjunto de mitos, ritos y símbolos compartidos en torno a "lo nacional". Mosse, G., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

2. Berstein, S., "L'historien et la culture politique", en *Vingtieme Siecle*, 1992, vol. 35, n° 1.

3. Por ejemplo, T. Halpein Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera: 1910-1930*, Buenos Aires, Ariel, 2000, pp. 193-205, y G. Delamata y G. Aboy Carlés, "El Yrigoyenismo: inicio de una tradición", Escuela de Política y Gobierno, UNSAM, Documento de trabajo n° 3, Buenos Aires, 2001.



es por y para la Patria”⁴, incuba como supuesto que esas concepciones estaban ya enraizadas en el ideario radical. De esta manera, esa operación resultaba efectiva porque aparecía antes como confirmación que como novedad.

II. El momento fundacional: la Unión Cívica como “liga patriótica” para la “regeneración nacional”

Como es sabido, la Unión Cívica se formó como agrupación política opositora al gobierno de Miguel Juárez Celman en el contexto de la crisis económica y política que emergió en 1889. Como ha sido señalado por una abundante bibliografía, a fines de esa década la “cuestión de la nación” se había instalado en el centro de las preocupaciones de las elites políticas y culturales argentinas. Los motivos de los distintos diagnósticos, coincidentes en este punto, apuntaban fundamentalmente a un contexto internacional de avance de las potencias imperialistas sobre territorios hasta allí no controlados por ellas, y a otro local, mucho más relevante en lo inmediato, en donde la inmigración de masas y sus consecuencias en una sociedad abierta y un Estado recientemente consolidado en su autoridad se hacían evidentes.⁵

En este sentido es que desde ese gobierno y esa sociedad comenzó a gestarse lo que se conoció como la “reacción del espíritu público”, esto es la predisposición a la organización de actos y manifestaciones públicas en torno a determinados acontecimientos y conmemoraciones, instalándose “un nuevo clima patriótico en las celebraciones, con una liturgia enriquecida y un ritual más complejo, pero, esencialmente, una nueva actitud militante de la ciudadanía hacia las manifestaciones públicas nacionales”. Pero en ese clima de crisis y de descontento político de ciertos círculos de la elite notabilizar, el espacio público se configuró ahora como un espacio simbólico de legitimación en disputa, presentando a las celebraciones “nacionales” como campo de conflicto: no solo entre argentinos y extranjeros, sino también entre Estado y sociedad civil, gobierno y oposición.⁶ El nuevo frente opositor al gobierno de Juárez Celman se colocaría en esa estela y tomará para sí esos motivos “patrióticos”, acusando de “falso patriotismo” al accionar del Partido Autonomista Nacional (PAN).

Entre los motivos esgrimidos por quienes encabezaron la nueva agrupación, originalmente denominada Unión Cívica de la Juventud, se combinan argumentos liberales y republicanos, pero los planteados con un carácter “patriótico” o “nacional” adquirieron un lugar central. La cuestión estribaba en que esa crisis económica y política era percibida por esos actores como una crisis de contornos mucho más amplios, de tipo moral y nacional, porque de ciertos valores y principios estarían allí en peligro. De forma que a ese diagnóstico crítico debía imponerse, como correlato, lo que se denominó

4. Primera carta de Hipólito Yrigoyen a Pedro C. Molina, septiembre de 1909, reproducida en Hipólito Yrigoyen, *Pueblo y gobierno*, t. II, Buenos Aires, Raigal, 1956, pp. 125 y 127.

5. Al respecto, O. Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000; L. A. Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, FCE, 2001; y F. Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2202.

6. Bertoni, L. A., *op. cit.*, p. 88.

en el lenguaje de la época como una "reacción". En palabras de Francisco Barroetaveña, los gobiernos del PAN hablaban "mucho de patriotismo, de libertad y de moral", pero lo cierto es que una serie de males avanzaban "sobre el organismo nacional", y a esa enfermedad debía oponerse "un vivo deseo de provocar una reacción cívica saludable": un "movimiento regenerador" que volviera el país al cauce del cual, aparentemente, se habría apartado por "el bizantinismo reinante". De allí los elocuentes nombres que se barajaron para la "liga patriótica" que sería la Unión Cívica en las reuniones iniciales de los jóvenes opositores a mediados de 1889: "asociación cívica", "liga nacional", "asociación patriótica", "unión nacional".⁷

Esta forma de concebir a la nueva fuerza política, los valores que proclamaba y la representatividad que pretendía alcanzar, se presentaba, al mismo tiempo, como el rescate de una determinada tradición y como la construcción de una instancia novedosa en la lucha política - o al menos eso expresaba su retórica-, estableciendo un puente entre un pasado heroico, un presente de crisis y un futuro de grandeza, pero amenazado. En tanto originalmente se formó a partir de un grupo de jóvenes, el ejemplo del pasado a rescatar no era el de las facciones que se habían disputado el poder en la Buenos Aires post-Caseros, sino el de los "héroes de la independencia" y, fundamentalmente, el de la Asociación de Mayo de Esteban Echeverría que se había propuesto en la década de 1830 superar tanto las mezquindades de los unitarios como la de los federales, a partir de una "religión de la patria". Parafraseando al *Dogma socialista* y la *Ojeada retrospectiva* de aquel, Barroetaveña concebía a la Unión Cívica como un "nuevo credo político de principios (...) que simbolizara unión, patriotismo, moral y libertad", diferenciándose de los ahora connotados como "partidos tradicionales" porque así "lo demandan todas las aspiraciones legítimas del país; así lo exige nuestro presente, y el grandioso porvenir que conducirá la República Argentina hacia grandes destinos".⁸

Ese rescate en el acervo nacional puede pensarse entonces como la estrategia para instalarse en el curso de una tradición que es siempre selectiva, en tanto se priorizan ciertas figuras y experiencias, lo cual resulta poderosamente operativo en el proceso de definición e identificación cultural.⁹ Pero lo cierto es que estas palabras no adquirirían hacia 1889-1890 el mismo sentido que habían tenido en las décadas post-revolucionarias. La idea de nación se sustentaba en otros contornos, acumulando valores y experiencias a lo largo de las luchas políticas, y se manifestaba en un nuevo contexto, signado

7. Barroetaveña, F., "Reseña histórica de la Unión Cívica", en: *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, publicación oficial, Buenos Aires, Landenberg y Conte Eds., 1890, pp XIV a XVII. Tales denominaciones no eran una novedad en el clima de los conflictos políticos del mundo occidental de la década de 1880: la célebre "Ligue des patriotes" de Paul Dérouléde y Maurice Barrés formada en 1882 en Francia con una fuerte crítica sobre la dirigencia de la III República también se filiaba en la tradición republicana -aunque luego incorporaría elementos monárquicos y encabezaría el campo antidreyfussard durante el "affaire"- y se proponía una "regeneración nacional". Cfr. Girardet, R., "Pour une introduction à l'histoire du nationalisme français", en: *Revue française de Science Politique*, 8^o année, n^o 3, 1958.

8. Barroetaveña, F., *op. cit.*, pp. XVIII y LXXII (subrayado nuestro). Echeverría había escrito en 1846 refiriéndose a la Joven Argentina: "Creíamos que sólo era útil una revolución moral que marcara un progreso en la regeneración de nuestra Patria (...) no se trataba de personas, sino de patria y regeneración por medio de un dogma que conciliase todas las opiniones, todos los intereses y los abrazase en su vasta y fraternal unidad." Echeverría, E., "Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37", en: *El Dogma Socialista y otros escritos*, Buenos Aires, Terramar, 2007, p. 104.

9. La noción de *tradición selectiva* pertenece a Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las cuarenta, (1977) 2009, p. 158.



por la inmigración de masas, el imperialismo de las potencias occidentales y las dudas acerca de un destino nacional que se consideraba condenado a la grandeza. Así al menos lo expresaba el fundador de la Unión Cívica de la Juventud al referirse a “las úlceras que corroían el organismo nacional (...) sustituyendo este hermoso patrimonio de un país civilizado, por sensualismos indignos (...) hasta que una mano extranjera vigorosa los suprime del mapa de las naciones.” Planteada en ese término la lucha política en contra de los hombres del PAN, la “defensa nacional” contra los “enemigos internos” abrigaba inexorablemente una voluntad de poder, más allá de la nobleza de los principios proclamados: la Unión Cívica “tomó a su cargo la organización política del país, para salvarlo del abismo en que lo habían hundido”.¹⁰

Estas concepciones del estado de la nación que actuaban como principios de la acción política requerían de un órgano de difusión, de allí la creación de *El Argentino* -nombre de por sí significativo para lo que intentamos exponer- como diario oficial de la Unión Cívica y luego de la UCR. En el primer editorial de julio de 1890, firmado por su director, el poeta salteño Joaquín Castellanos, se confirman las motivaciones esgrimidas el año anterior en torno al diagnóstico y la necesidad de una solución de carácter nacional lo más abarcativa posible mientras se ultimaban los detalles de la que se conocería como Revolución del Parque:

“Los graves asuntos públicos que actualmente se debaten, no son una cuestión de partidos; son una cuestión de patria (...) Quien más ha contribuido a la organización de los elementos de la oposición, ha sido el mismo gobierno, cuya marcha tenazmente contraria a los intereses y al decoro nacional han obligado al pueblo a ponerse de pie, en actitud de defensa y de protesta (...) Formamos un partido nuevo (...) no reconocemos ni aceptamos más herencia de los partidos disueltos, cuya acción pertenece ya a la historia, que todo aquello que hayan tenido de nacional en su programa (...) pues cuando menos ha salvado el honor del nombre argentino (...) haciendo de su propaganda un apostolado patriótico...”¹¹

Ese tono que combinaba en un par indivisible decadentismo y mesianismo ya había sido utilizado el año anterior por la prensa porteña de oposición para saludar el nacimiento de la Unión Cívica y la realización del mitin fundacional en el Jardín Florida. De hecho, diarios que abarcaban un arco ideológico que iba desde el liberalismo hasta el catolicismo -como *La Nación*, *La Prensa*, *El Nacional*, *El Diario* y *La Unión*- se refirieron a la iniciativa entre agosto y septiembre de 1889 en términos que exaltaban los “sentimientos generosos y patrióticos”, las “energías de la vida nacional”, la “misión patriótica”, los “elementos de la defensa nacional”, la “fuerza de una nación libre”, el sentimiento de libertad cívica y de decoro nacional”.¹²

Tal como se expresó más arriba, en estas consignas se vislumbran los cruces efectuados en los lenguajes políticos de la Argentina finisecular, entre liberalismo, republicanism y nacionalismo, poniéndose

10. Barroetaveña, *op. cit.*, p. XXV.

11. “Al entrar en combate”, Joaquín Castellanos, *El Argentino*, Buenos Aires, 01/07/1890.

12. Los artículos corresponden a *La Nación* (30/08, 01/09, 03/09, 04/09/1889), *La Prensa* (01, 02 y 06/09/1889), *El Nacional* (02/09/1889), *El Diario* (30/08 y 02/09/1889) y *La Unión* (01 y 03/09/1889). Todos ellos reunidos en la compilación *Unión Cívica*.

el énfasis de forma combinada en las libertades políticas, el respeto a la Constitución Nacional y las instituciones republicanas, elementos que se combinaban en una Patria/Nación organicista, o sea, entendida como un cuerpo homogéneo provista de vida propia.¹³ De allí la fuerza que adquiría el argumentar a partir de ella. Asimismo, ello se plasmó en el papel, ya sea en las resoluciones emanadas del citado mitin de la Unión Cívica de la Juventud (n° 7) como de la Carta Orgánica de la Unión Cívica (n° 8) confeccionada luego del celebrado en el Frontón de Buenos Aires en 1890 al sumarse los “prohombres” de la oposición, donde se contempló incluir la consigna de la “defensa nacional”, lo cual implicaba combatir a los enemigos de esa Nación, aunque ellos se encontraran dentro de la misma.

Esas prácticas políticas que emergieron en el clima de efervescencia política de 1889-1890, esto es, los mítines, movilizaciones y conferencias políticas de la Unión Cívica en plazas, calles y teatros, también constituyen ejemplos de cómo esa cultura política “nacional” impregnó incluso su estética política. Con ello nos referimos a la puesta en escena que daba marco a esos actos, en donde el despliegue de una verdadera liturgia se presentaba como la apropiación, por parte de ciertos sectores políticos, de símbolos que habían sido tipificados para las conmemoraciones de fechas como el 25 de mayo y el 9 de julio. El hecho de que los mismos promotores los caracterizaran como “actos patrióticos” demuestra que esa era, efectivamente, su intención. Si tomamos los casos de los mítines en el Jardín Florida y en el Frontón, así como las conferencias en los teatros Onrubia, Politeama y nuevamente en el Jardín Florida, vemos que se repite de forma escrupulosa la instalación de escudos nacionales y banderas argentinas encabezando escenarios y tribunas en donde se ubicaban los oradores, sumándose además el culto a los héroes del incipiente panteón nacional y la entonación de la canción patria, tal como deja ver la crónica que *El Diario* hizo del primero de ellos:

“El local donde la reunión tuvo efecto, se había decorado previamente engalanándose con los colores patrios, y poniendo como patrones y directores del acto los bustos de los patricios de la independencia y del progreso, San Martín y Rivadavia (...) aún la nación cuenta con elementos vigorosos y sanos (...) el Himno Nacional, religiosamente escuchado de pie, encaminándose luego los manifestantes a la laza de Mayo, donde se disolvió la reunión, después de haber colocado dos coronas de flores en la estatua del general Belgrano.”¹⁴

En esos encuentros, los discursos estaban a tono con el clima simbólico patriótico y las consignas se repiten hasta alcanzar en casos el grado de la sacralización, como expresaba Alberto Gache en el teatro Onrubia poco antes de la Revolución del Parque (20 de junio), al proponer retomar el juramento de la Joven Argentina de 1830 “En nombre de Dios, de la Patria, de los Héroes y Mártires de la Independencia” para alcanzar “la regeneración completa de la sociedad argentina”. Poco después, en una nueva conferencia en el jardín Florida (13 de julio), Francisco Ramos Mejía, presidente del comité de la Unión Cívica de Catedral Norte, aseguraba contribuir mediante ese “acto patriótico (...) a esa

13. Sobre dicha idea de Nación, típica del evolucionismo decimonónico traspolado a la política y las representaciones de lo social, ver Palti, E., *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI, en especial el capítulo II.

14. “La juventud independiente”, *El Diario*, 02/09/1889. Tal como afirma Silvia Sigal, al comparar los actos de las celebraciones oficiales de la década de 1880 y los de la protesta política opositora de 1889-1890: “En un contexto político profundamente dispar volvía a enlazarse patria y civismo, valores colectivos ambos, que designaban una cohesión social amenazada”. Sigal, S., *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 123.



misión sagrada, a ese apostolado nacional que tiene por objeto levantar de su postración al pueblo argentino”, mientras en el mismo acto Ángel Gallardo profundizaba la idea al entender que la Unión Cívica “es algo más que un partido, es una escuela filosófica, es una religión de la que todos debemos ser sectarios: la religión del deber, de la patria, de la libertad.”¹⁵

Vemos así que, si bien la apelación al patriotismo aparecía como un sentimiento basado en la experiencia de la ciudadanía, legitimando incluso la insurrección armada para devolver la nación al camino que le deparaba un destino de grandeza -“El patriotismo nos obliga a proclamar la revolución como recurso supremo y necesario para evitar la ruina del país”, rezaba el Manifiesto Revolucionario del 26 de julio de 1890-, actuaba al mismo tiempo como una notable interpelación “suma todo” capaz de diluir antiguas diferencias políticas en una nueva síntesis nacional que se encargaría de la regeneración. Precisamente, a un año de la creación de la Unión Cívica, una vez superada la derrota militar revolucionaria pero con Juárez Celman fuera de la presidencia, Barroetaveña desplegaba esa idea en el teatro Politeama:

*“La Unión Cívica es una liga patriótica (...) bajo sus pliegues se cobijan miembros de nuestros partidos tradicionales (...) entusiastas de una misma causa, que es la causa del pueblo, de la regeneración nacional (...) nos encontramos unidos en estrecha alianza los miembros de los partidos nacionalista, federal, unitario, autonomista, republicano y católico, fervorosos creyentes, ateos, racionalistas, conservadores, radicales y progresistas.”*¹⁶

Sin embargo, las tensiones emergerían cuando esa causa común en nombre de la nación comenzara a ser permeable a la política facciosa que había caracterizado a los miembros la elite notabiliar que conformaban la coalición opositora.

III. Las aporías de la nación política: la UCR, entre la *parte* y el *todo*

Como se expresó más arriba, la derrota por las armas en la Revolución del Parque no devino en la disolución de la Unión Cívica sino que, por el contrario, la misma pareció fortalecer su posición pese a la continuidad en la línea de sucesión presidencial con la asunción del vice-presidente Carlos Pellegrini. En consonancia con ello, el tono que signó los nuevos trabajos políticos a partir de allí intentó seguir reproduciendo aquel con el cual se había gestado la agrupación, que ahora veía una nueva oportunidad para ganar nuevos adeptos en las provincias.

Esto último ocurrió tempranamente, adhiriendo a la Unión Cívica distintos grupos y facciones opositoras del interior que advertían, en medio de un clima político aún crítico, la posibilidad de un acomodamiento local y nacional de las relaciones de fuerza entre gobierno y oposición. Una clara expresión de ello fueron los festejos producidos en distintas capitales provinciales por la renuncia de Juárez.¹⁷ Esta nueva etapa de la evolución del conflicto y el armado políticos adquirió así un carácter

15. Los discursos citados fueron extraídos de *Unión Cívica, op. cit.*, pp. 131-133, 138-139 y 142.

16. “Conferencia política en el teatro Politeama”, en: *Unión Cívica, op. cit.*, p. 393 (destacado nuestro).

17. Sobre este proceso de crecimiento en el interior del país de la Unión Cívica, cfr. Paula Alonso, *Entre la revolución y*

territorial que permitió pensarse a la pujante fuerza como una organización de tipo nacional, nuevo sentido que complementaba la idea de que ello encarnaba de por sí un conjunto de valores asociados a la idea de Patria, tal como vimos en el apartado anterior.¹⁸ La convocatoria a una Convención Nacional de la Unión Cívica a celebrarse a inicios de 1891 en la ciudad de Rosario, donde ya existían varios clubes, parecía ser la forma más adecuada para dar una nueva institucionalidad a lo que hasta allí se había circunscripto esencialmente a la ciudad de Buenos Aires. Pero la cuestión de que dicha Convención definiría los candidatos cívicos para las futuras elecciones comenzó a promover las primeras tensiones facciosas que hasta allí se habían disimulado sólo en función de concretar el alzamiento armado.

Las reuniones llevadas a cabo en el teatro Olimpo de la ciudad santafesina fueron engalanadas con símbolos que nuevamente permitían establecer distintos tipos de identificaciones para los convencionales cívicos, desde manifestaciones locales hasta las nacionales, pasando por las específicas de la fuerza que pretendía nuclearlos: banderas argentinas y escudos nacionales combinados con los estandartes usados por los revolucionarios del Parque, pero también los escudos de cada una de las provincias del país, con la correspondiente banda de música que interpretó, como se hiciera en las primeras reuniones, el himno nacional.¹⁹ Lo interesante de esta atmósfera de "unión nacional" que rodeaba a la Convención fue que ello no obstó para que surgieran diferencias, algunas de las cuales, con el tiempo, lograron resolverse o canalizarse, pero otras no.

Por ejemplo, la prensa rosarina que se presentaba como vocera de la Unión Cívica afirmaba el mismo día de apertura que existían diferencias irreconciliables entre dos fracciones, y el problema estribaba, a su entender, en las principales figuras, tomando partido por una de ellas: Leandro Alem antes que Bartolomé Mitre.²⁰ Otra de las cuestiones que se planteó fue la participación o no en las reuniones del recientemente creado Centro Político Extranjero, que pretendía representar a grupos de esa procedencia movilizados al calor de la crisis y la revolución, el cual presentó su pedido en telegrama su presidente Julio Scheekly a Alem, pero tanto la convención como la prensa encontraron que ello contrariaba los propósitos "nacionales" del acontecimiento, ya que "Por más que a los extranjeros también quepa en estos días sufrir las consecuencias del mal gobierno (...) no es concebible que una agrupación no argentina, extralimitándose en el ejercicio de sus derechos a la libertad de opinión, tome parte en un movimiento político del que nuestras leyes fundamentales excluyen a todo habitante de

las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa, Buenos Aires, Sudamericana-Universidad de San Andrés, 2000.

18. Este doble sentido ha sido destacado por Bertoni al referirse a las representaciones que los actores sustentaban a la hora de figurarse que era la Patria: "La denominación 'nacional' era importante, más allá de su extensión efectiva; se pensaba que una sociedad o liga particular así denominada se investía de los valores atribuidos a la nación y la legitimidad derivada de la promoción de un interés común." Bertoni, L. A., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, op. cit., p. 220.

19. *El Municipio*, Rosario, 16/01/1891.

20. *El Municipio*, 15/01/1891. El diario afirmaba: "Los cívicos van con el pueblo sin vacilaciones; los mitristas van con Mitre (...). El epílogo de la convención nacional del Rosario ha de ser indefectiblemente el rompimiento entre cívicos y mitristas."



la república que no haya adquirido el título de ciudadano argentino.”²¹ Pero, como se mostrará en el apartado siguiente, este punto en particular dio lugar luego, con la evolución de los conflictos políticos, a un nuevo giro en la forma de concebir la participación política extranjera.

Ante la ausencia de Mitre en la Convención, quien terminaría siendo designado cabeza de una fallida fórmula presidencial junto a Bernardo de Irigoyen, la figura de Alem cobró una mayor relevancia, comenzando a delinear un nuevo liderazgo hasta allí compartido con otros “prohombres”. En su principal discurso durante las sesiones se hicieron patentes una serie de tópicos que serían de gran relevancia para el devenir de su sector político y se reforzaron otros que ya habían sido planteados. Se refirió entonces a los presentes como a los verdaderos “argentinos, -los que todavía podíamos llevar y reclamar el nombre de argentinos, porque no se había extinguido en nuestra alma, el culto sagrado a la patria”; entendiéndolo que los mismos tenían una “misión: combatir y defender la patria contra todos los enemigos, vinieran de afuera o estuviesen adentro; es decir, combatir a todos los invasores y a todos los traidores.”

Vemos así como planteando la consigna nacionalista y de contornos religiosos de la *patrie en danger* Alem establecía una frontera política flotante capaz de deslizarse hacia el interior del “cuerpo nacional” y, más aún, hacia la propia agrupación política que reivindicaba su defensa, ya que la existencia de potenciales traidores en su seno implicaba que los mismos antes no lo fueran. En este sentido, el criterio nacionalista de la pertenencia y la legitimidad política permitía a quienes lo esgrimieran adaptar tácticas y posicionamientos ante el dinámico juego político de partidos y facciones que caracterizó los años del cambio de siglo, como efectivamente ocurrió. Por otro lado, comenzó a construirse un potente mito de orígenes en torno a la Revolución del Parque como primer paso en una “obra de verdadera regeneración” truncada y que, por lo tanto, exigía un nuevo esfuerzo voluntarista para completar la obra de los que se invistieron como “mártires-caídos”, dando lugar a un verdadero culto a la sangre, todo lo cual contribuía a definir el núcleo sacro de una nascente identidad política que, instalada en una tradición patriótica, parecía no reconocer interlocutores válidos posibles²², en la medida en que

“La Unión Cívica representa toda la opinión sana del país; *representa todas las aspiraciones legítimas* y todos los patrióticos anhelos buscando el restablecimiento de las instituciones, la fiel aplicación de la ley, la recta administración de justicia, la honrada inversión de los dineros públicos y el levantamiento de la moral...”²³

21. *El Municipio*, 16/01/1891. Acerca del Centro Político Extranjero, ver Bertoni, L. A., *Patriotas, op. cit.*, cap. IV: “El desafío de los extranjeros, 1887-1894: ¿nacionalidad o derechos políticos?”. Para las actividades del mismo en la provincia de Santa Fe, Bonaudo, M., “De representantes y representados: Santa Fe finisecular (1883-1893)”, en: Sabato, H. (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones*, México, Fideicomiso Historia de las Américas-FCE, 1999.

22. En palabras de Alem: “Llegó el 26 de julio, -sangre generosísima regó las calles de la gran capital,- nobles y preciosas vidas se rindieron en los altares de la patria (...) y yo creo señores, que hasta los manes de nuestros ilustres antepasados se conmovieron en sus tumbas con religioso júbilo patriótico al ver que su descendencia no estaba completamente degenerada.” *Ibid.*

23. *Ibid* (subrayado nuestro).

¿Qué significaba esta forma de concebir la *regeneración* y su insustituible agente así autodefinido? Antes hemos hecho mención a cómo los creadores de la Unión Cívica intentaron filiar la misma en la tradición inaugurada por los hombres de Mayo y la Joven Generación de Echeverría. En cuanto a ello, si bien la agrupación juvenil y luego la UCR no contaron con un teórico o “intelectual orgánico” que sistematizara estas ideas en un libro-guía, podemos rastrear algunas de estas nociones en la principal obra de quien fuera uno de sus miembros más preocupados por la cuestión de la Nación: Adolfo Saldías, hombre del círculo íntimo de Alem.

Su *Historia de la Confederación Argentina*, editada primero en París en la década de 1880 y ampliada en su edición de Buenos Aires de 1892 -y que generara una serie de polémicas con Mitre, Vicente Fidel López y José María Ramos Mejía que aquí no tenemos espacio de reseñar-, partía de un diagnóstico no discordante con el esbozado por los jóvenes cívicos: “La República federal Argentina, nunca ha sido grande relativamente, porque jamás *el pueblo* -que es la Nación- ha tomado la personería que le corresponde en esa cuestión de gobierno (...) El pueblo argentino es, en tal concepto, menor de edad (...) Cuando ese desenvolvimiento se opera en grande escala se levanta Cartago, -esa ecuación del mercantilismo, cuya incógnita era la nacionalidad que nunca se encontró (...) Los argentinos tenemos antepasados ilustres también que nos dieron, con la independencia y la libertad, un nombre entre las naciones civilizadas”.²⁴ O sea, según este planteo, la Nación argentina existía como entidad y estaba destinada a ubicarse en el concierto de “naciones civilizadas” (vg., europeas/occidentales)²⁵, pero esa evolución se había visto recientemente resentida por el rumbo de los gobiernos de entonces, afectando a una nacionalidad que corría peligro de desaparecer precisamente porque estaba en proceso de consolidación. ¿Cuál era entonces la solución propuesta? Nuevamente los ejemplos del pasado hacían innecesaria, a los ojos de Saldías, una propuesta demasiado innovadora, porque aquella no debía sino buscarse en la historia nacional. Es en el pensamiento del “programa de regeneración de la patria” de la “generación doctrinaria de 1837” donde habitan las respuestas y la fórmula para instrumentalizarla políticamente, y aquí resuena el discurso de Alem en Rosario de una nueva síntesis que:

“(...) fundió en el crisol de la virtud cívica las ideas que exaltaba el furor de los partidos (...) ciertos principios orgánicos que comprendieran en lo posible las aspiraciones coetáneas y las vinculara a

24. Saldías, A., *Historia de la Confederación Argentina* (1892), t. I, Buenos Aires, Editorial Americana, 1945, pp. 3 y 6 (subrayado en el original). Los debates de la época se encuentran reseñados en sus artículos en diarios y revistas compilados en Saldías, A., *Páginas históricas*, Buenos Aires, Roldán, 1912, y *Páginas literarias*, Buenos Aires, Roldán, 1912. La obra de Saldías, en general, ha sido tan mencionada para los debates en torno a su reivindicación de la figura de Rosas como poco desmenuzada en sus planteos generales que incluyen además otras obras suyas. Para su reivindicación desde el revisionismo histórico, aunque con críticas a su liberalismo, cfr. Irazusta, R., “Adolfo Saldías: revaloración del federalismo por descendientes de unitarios”, en: *Ensayos históricos*, Buenos Aires, Eudeba, 1968. Algunas reflexiones historiográficas interesantes en Quattrocchi-Woisson, D., *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995, y Cattaruzza, A. y Eujanian, A., “La cuestión de Rosas a fines del siglo XIX: una discusión sobre el pasado”, en: Laera, A. (dir.), *El brote de los géneros*, vol. III de la colección *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2010.

25. Ese “gran destino” que no era otro que el construido por la perspectiva liberal en torno al rol que le estaba reservado a la Argentina y cuyo principal ideólogo fue Mitre, ha sido destacado por T. Halperin Donghi en “L’héritage problématique du libéralisme argentin”, en: Roldán, D. (coord.), *La question libérale en Argentine au XIX^e siècle*, Paris, Cahiers ALHIM, n° 11, 2005 (disponible en: <http://alhim.revues.org/index1152.html>)



*la tradición progresiva de la revolución de 1810 (...) tendía al fin supremo de consolidar la nacionalidad y el gobierno libre (...) un propósito orgánico de un plan de reconstrucción nacional cuyos principios conciliaran las aspiraciones de los pueblos argentinos.*²⁶

Tal como se advierte, nuestro autor no aporta mayores precisiones acerca de los aspectos específicos en qué consistiría ese “plan de reconstrucción nacional”, pero sí lo hace con la operación política necesaria para gestar la fuerza de la “regeneración”, que no sería una mera “restauración” de los “partidos tradicionales”, sino una fusión de todo lo que ellos tuvieran de legítimo -de “nacional”, afirmaba Castellanos, otro de los hombres del grupo que terminaría siguiendo a Alem, en el primer editorial de *El Argentino* citado previamente-. En este planteo, la organicidad de la Nación, en tanto cuerpo vivo que evoluciona en su desenvolvimiento, plantea un juego temporal al momento de producirse la intervención voluntarista de una fuerza política que vendría a rectificar una senda prefigurada por la revolución “progresiva” de 1810 y momentáneamente desviada de su rumbo por los gobiernos del PAN, lo cual llevaría a matizar ciertas interpretaciones historiográficas que han planteado una contraposición tajante entre “reforma” y “regeneración” para las propuestas políticas de la Argentina finisecular, entendidas como par antitético.²⁷ En la perspectiva histórico-política de los hombres que conformarían el núcleo de confianza de Alem, como Saldías, Barroetaveña y Castellanos, una restauración a secas no sería sólo un error político, sino que constituiría un error histórico, de acuerdo a la “tradición progresiva” de la Nación en la que se pretendían instalar. Por eso la regeneración debía actuar como nueva síntesis y su agente no sería otro que la Unión Cívica.

Luego de esta digresión podemos analizar la situación de crisis e inminente ruptura a la que llegó la Unión Cívica entre inicios y mediados de 1891. En efecto, las negociaciones entre la facción mitrista y los círculos roquistas cercanos al gobierno para definir candidaturas, dieron lugar a su rechazo por parte de los seguidores de Alem. Según nos referimos antes, éste comenzó a adquirir un ascendente sobre sus seguidores que permitió la gestación de un liderazgo de tipo carismático, el cual se manifestó a todas luces en su papel de maitre-de-scène de los distintos actos y conmemoraciones celebrados por la UCR como forma de mantener viva la agitación de 1889-1890. La imagen construida en torno al líder radical debió sin dudas mucho a sus más fieles seguidores. Así, por ejemplo, su figura comenzó a rodearse de un halo de mesianismo acorde al estilo que gustaba desplegar²⁸, y su acción política fue interpretada como una gesta patriótica, como se desprende de la siguiente descripción de Barroetaveña:

26. Saldías, A., *Historia de la Confederación Argentina*, t. IV, pp. 20-24 y 38 (subrayado nuestro).

27. Nos referimos fundamentalmente a Botana, N., “El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930”, en: Nun, J. (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, 2005. Asimismo, la noción misma de “regeneración” requeriría de un estudio conceptual para las formulaciones en boga en el cambio del siglo XIX al XX, en vista de que también sería una de las consignas centrales de la transformación societal de las fuerzas de izquierdas socialista y anarquista, aunque, claro está, con un sentido sustancialmente distinto al de aquellas fuerzas que se ubicaban en una cultura política “nacional”.

28. Hemos trabajado algunos aspectos de su liderazgo y su particular estilo político, en especial sus intervenciones en los actos y manifestaciones radicales, en Reyes, F., “Entre luces y sombras. La palabra pública de Alem y la construcción de la identidad política de la Unión Cívica Radical”, *I Jornadas de Ciencia Política del Litoral*, UNL, Santa Fe, 10-11 de mayo de 2012.

“Como el monje que al tomar religión en una orden inflexible, solo piensa en Dios, olvida y abandona sus intereses y sus vinculaciones mundanas, así Alem cerró su estudio cuando recibió la presidencia de la Unión Cívica (...) La patria, su salvación, el honor nacional, la libertad, la justicia, he ahí sus vinculaciones y el objeto único de sus anhelos (...) Alem es el jefe del Partido Radical, y acentuó a designio, esta palabra *jefe*. No es un simple presidente del Comité Nacional; es más que eso; es el elegido en un momento supremo para dirigir la salvación de la patria.”²⁹

Luego de la conmemoración del primer aniversario de la Revolución del Parque, en julio de 1891, la Unión Cívica original se dividió finalmente en una fracción mitrista (“cívicos nacionales”) y en lo que comenzó a llamarse Unión Cívica Radical, por la oposición al acuerdo Roca-Mitre, siendo a partir de allí éste último y sus seguidores los “traidores”, en la jerga de la retórica radical. Ante esa situación, Alem y su círculo íntimo llevaron adelante una gira por distintas provincias del país a fin de recabar nuevas adhesiones y confirmar lealtades previas, ya que la lucha facciosa había quebrado la unidad de la organización que decía representar todos los intereses legítimos de la Nación. Reseñando esa nueva empresa en un panegírico posterior del nuevo líder, una vez fracasado el nuevo intento revolucionario de 1893 en distintos puntos del país, el mismo Saldías afirmaba que “luego de instalar personalmente más de veinte clubs populares en la capital, recorrió las provincias en medio de ovaciones” y de esa forma “*nacionalizó* la causa de la Unión Cívica Radical”.³⁰

El clima de escisión se volvió irreversible al convocar los radicales a los representantes provinciales para realizar un nuevo mitin en el Frontón de Buenos Aires. En el mismo, se advierten no sólo los elementos del emergente ritual político de la UCR, con el desfile en “procesión cívica” de los clubes y delegaciones con banderas rojas y blancas junto a las argentinas, sino la necesaria operación identitaria de apropiarse de la idea y los símbolos originales de la Unión Cívica, ante la disputa con los mitristas. El discurso central de Alem mostraría precisamente esa tensión entre la *parte*, la fracción escindida, el nuevo partido, y ese *todo* imposible que se pretendía representar, al dirigirse a los fieles de la causa renovada como religión cívico-patriótica:

“(…) voy a hacer la historia de la Unión Cívica, quiero reivindicar para nosotros este nombre (...) No hay en la república Argentina más que una sola Unión Cívica, y esa somos nosotros (...) y que, como Cristo, consumó su sacrificio derrochando sangre generosa e inmolando preciosas vidas en los altares de la patria (...) una patria nueva que surge en la república Argentina (...) no hay que decir lo que ha pasado en las provincias porque presentan verdaderas tablas de sangre (...) se pronunciaron por lo que se llama la *Unión Cívica radical*, es decir, por la *Unión Cívica pura*, porque es la que conserva el arca santa.”³¹

29. Barroetaveña, F., “Perfil”, en: *Alem. Su vida, su obra, tragedia de su muerte, las doctrinas democráticas del fundador de la Unión Cívica Radical a través de documentos, discursos y escritos*, Buenos Aires, Editorial Alem, 1928, pp. 47 y 53 (destacado en el original).

30. Saldías, A., “Alem”, original publicado en Montevideo, noviembre de 1893, en: *Páginas políticas*, tomo II, Buenos Aires, La Facultad, 1912, p. 79 (destacado en el original).

31. La reseña del acto y la transcripción del discurso en *El Municipio*, 22/12/1891 (subrayado en el original).



A partir de entonces, las conmemoraciones de la Revolución del Parque constituirían la principal manifestación de la ritualización de la política que llevó adelante el primer radicalismo para consolidar su identidad amenazada por los "traidores". Año a año, la reivindicación de la sangre y la memoria de los combatientes, enaltecidos como "mártires-caídos", las procesiones cívicas de espíritu marcial, con los clubes y delegaciones "regimentados en batallones" y las banderas argentinas y radicales al frente, darían forma a una solidaridad política militante de notable vigor, solo comparable a la tipificación de las manifestaciones socialistas y anarquistas para el 1° de Mayo, con la diferencia de que la UCR se inscribía en una más amplia cultura política "nacional" reproduciendo las formas y valores, en suma, la subjetivación política de los actos más tradicionales de las conmemoraciones patrias como el 25 de mayo y el 9 de julio.³²

Las imágenes de la armonía pero también del conflicto dentro del "cuerpo nacional", serían evocadas nuevamente por el presidente del Comité Nacional de la UCR al celebrarse la Convención Nacional que le daría "organización permanente y definitiva", al sancionar su Carta Orgánica. El acto en el teatro Politeama para "fijar la marcha política del gran partido al que pertenecéis", se dirigía a los delegados de los comités provinciales, gozaba del "luminoso timbre que el honor nacional ha estampado siempre en todos los actos y en todas las manifestaciones del desenvolvimiento de la Patria". Entendiendo el nacimiento del radicalismo como parte de un hito en la historia nacional, asimilable al resto de las fechas patrias, la amenaza de la disolución se encontraba sin embargo siempre latente, situación crítica que hacía a sus ojos evidente la misión de la UCR que "como la voz profética de un salvador le dijo al pueblo: 'la patria está en peligro', por eso mismo la necesidad de promover "la solidaridad nacional, la confraternidad, la armonía, el sentimiento de patria".³³

Estas manifestaciones de una profesión de fe nacionalista, cargadas de un mesianismo exacerbado a medida que se intensificaba la lucha política, actuaron también como barniz legitimante cuando la misma devino en abierta violencia revolucionaria, esta vez instrumentalizada para tomar el poder en distintas provincias. La inauguración del monumento a los caídos en la Revolución del Parque ofició en este sentido de excusa para justificar públicamente los levantamientos en Buenos Aires, Santa Fe y San Luis producidos el mismo día del acto, y concebidos como prolegómenos de la anunciada "regeneración nacional", como se desprende de las palabras de Cornelio Saavedra Zavaleta al referirse a que las "ráfagas de triunfo acarician nuestra bandera; un momento más, y el partido radical habrá cumplido el testamento de los que en julio cayeron como buenos", cerrando su alocución con

32. Para las manifestaciones socialistas y anarquistas, así como las diferencias que pueden establecerse entre ellas, ver Viguera, A., "El primero de Mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición", en: *Boletín del Instituto Ravignani*, n° 3, 3° serie, 1 semestre de 1991. Resulta interesante una observación de Juan B. Justo, principal referente del que sería el Partido Socialista argentino fundado en esa década de 1890, en relación a la fuerza que percibía en las manifestaciones que exaltaban la Nación, como ejemplo negativo pero a resignificar por parte de las fuerzas de izquierda: "Cuántas almas que un razonamiento deja indiferentes serán arrastradas por un himno armonioso. Aprendamos a emplear, en el bien de nuestra gran causa, la música que la Iglesia y el patriotismo emplean para perpetuar el reinado de la superstición y del odio." Citado en Cúneo, D., *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1997, p. 109.

33. Citado en *La Unión*, 17/11/1892.

la consigna de "Dios, Patria y Libertad".³⁴ Intervenidas las provincias, los radicales llevaron adelante el esfuerzo más vasto de llegar al poder por las armas en el levantamiento que tuvo como epicentro la ciudad de Rosario en septiembre del mismo año y que encabezó el mismo Alem, el cual se refirió al mismo desde la cárcel como una "revolución nacional" fallida.³⁵ Asimismo, la apelación al ciudadano-soldado propuesta por los radicales no excluía la defensa nacional de los enemigos externos, por eso en el contexto de una posible guerra con Chile Joaquín Castellanos expresó en julio de 1895 en un acto en La Plata, con un tono ligeramente antiliberal, que:

"La hora presente s una hora de tregua (...) un movimiento de atención enérgica a los ruidos que llegan del lado de la montaña (...) Del buen ciudadano se hace el buen soldado (...) el verdadero espíritu de milicia, el alma del soldado, se forma en el cumplimiento de todos los actos que identifican su personalidad en la gran individualidad de la patria."³⁶

IV. Extranjeros, radicales, patriotas: las consecuencias de las revoluciones en Santa Fe

Como se expresó unas líneas más arriba, las revoluciones radicales de 1893 en las provincias terminaron fracasando y en las mismas se impusieron por las armas las fuerzas militares y políticas cercanas al PAN. El caso de la provincia de Santa Fe constituyó un ejemplo singular de esa disputa política, ya que allí tuvo lugar la participación destacada en las acciones de grupos de colonos de las localidades del interior provincial.³⁷ Al respecto, el vínculo de estos actores provinciales con los grupos opositores al gobierno provincial autonomista y su acercamiento a las posiciones de los hombres de la Unión Cívica y luego de la UCR se había manifestado tempranamente, y el diario de la importante colonia de Esperanza y su zona de influencia, *La Unión*, pretendía conciliar en sus opiniones los intereses de los colonos con los de los cívicos.

Como se sabe, los años de crisis y agitación política en torno a la formación de la agrupación opositora coincidieron con las preocupaciones de buena parte de los sectores de la elite por la condición de los residentes extranjeros, los alcances y los límites de sus derechos cívicos y políticos, en tanto fueran

34. Citado en *El Municipio*, 03/08/1893. Sobre la instalación del mausoleo dedicado a los combatientes revolucionarios en el cementerio de la Recoleta, Guido, H., "Los caídos del 90", en: *Todo es Historia*, n° 408, julio de 2001.

35. "Cartas escritas por el Dr. Alem desde la cárcel de Rosario, dirigidas a un político radical del norte", 19/10/1893, en: Yrigoyen, H., *Pueblo y gobierno*, op. cit., p. 294.

36. Citado en *El Municipio*, 01/08/1895. En relación a la preparación militar de los ciudadanos como aspecto considerado central por las elites argentinas para la formación de la nacionalidad, en el contexto de la escalada del conflicto con Chile y la formación de "ligas patrióticas", cfr. Bertoni, L. A., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, op. cit., pp. 213-254.

37. Sobre los acontecimientos, desde una perspectiva que privilegia la participación autónoma de los colonos, ver Gallo, E., *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe (1893)*, Buenos Aires, Siglo XXI, (1976) 2007. Hemos esbozado una interpretación divergente, encuadrando los alzamientos armados de 1893 como parte de las luchas entre facciones de la elite santafesina, aunque teniendo en cuenta los variables niveles de participación de otros actores que excedían los estrechos marcos de sus círculos, en Reyes, F., *Armas y política en la construcción de un partido. Las revoluciones de la Unión Cívica Radical de 1893 y 1905 en la provincia de Santa Fe*, Tesina de Licenciatura en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 2010.



o no ciudadanos argentinos. No obstante los vínculos antes mencionados, hemos visto que el pedido de participación del Centro Político Extranjero, que pugnaba por la extensión de esos derechos, en la Convención Nacional de la Unión Cívica en Rosario a inicios de 1891 fue denegada con un argumento de carácter nacional.

Sin embargo ello no implicó que una vez divididos los cívicos, los radicales dejaran de tener en cuenta esos potenciales aliados y adherentes, tanto es así que el nuevo Comité Nacional de la UCR discutió e hizo público un proyecto de nacionalización de los extranjeros residentes, el cual respondía al perfil social de una suerte de “clase media” o “pequeña burguesía” rural con intereses radicados: residentes, propietarios de inmuebles o comercios, casados y con cinco años de residencia en el país. El proyecto, por otro lado, fue saludado con beneplácito por el periódico esperancino, concluyendo el mismo que “atraería las simpatías y el apoyo moral y material del elemento extranjero” hacia la UCR.³⁸

Pero la propuesta de los radicales parece haber sido una solución de transacción entre distintas opiniones, atendiendo seguramente a la evolución de la coyuntura política, debido a que encontramos en el nacionalista Adolfo Saldías, miembro de ese Comité Nacional de la UCR, una posición más extrema. Reiterando los argumentos que plasmara en un libro aparecido en Francia con el título de *Conditions des étrangers résidents* (París, 1888), proponía en 1892 una nacionalización y ciudadanización compulsiva para evitar “la creación monstruosa de colonias dentro del Estado, como se llaman las varias agrupaciones de extranjeros”, expresando “la necesidad de reformar esa legislación [sancionada por la Constitución], procediendo de manera que los extranjeros se confundan realmente con los ciudadanos, en vez de constituir *reacciones latentes contra el principio de la nacionalidad argentina que no está asegurado todavía*.”³⁹ Nuevamente se hace evidente que el patriotismo como sentimiento y la Nación como fundamento de la acción política eran susceptibles de adquirir mayor rigidez o flexibilidad, según lo dictara la situación y las necesidades políticas del momento, aunque dichos principios no estuvieran en absoluto en discusión.

Lo cierto es que al efectuarse el alzamiento armado de julio de 1893, las partidas de tiradores de las colonias contribuyeron a la toma de la capital santafesina bajo el mando de los líderes radicales. La reacción de los hombres del gobierno derrocado no se hizo esperar y esa participación fue un elemento central para la impugnación de la revolución radical. En palabras del diario autonomista *Nueva Época*, “una revolución que triunfa echando mano a los extranjeros (...) muestra que era impotente por sí misma, en cuanto santafesina (...) Santa Fe tendrá derecho a increpar a la Junta revolucionaria de 1893 el haber aumentado con este problema nuevo -nuevo y pavoroso- los incontables y amenazadores que envuelven a la nacionalidad argentina.”⁴⁰

38. *La Unión*, Esperanza, 22/11 y 31/12/1892.

39. Saldías, A., *Historia de la Confederación Argentina*, op. cit., t. IV, pp. 94-95 (subrayado nuestro). Pese a lo contundente de sus afirmaciones, el autor decía fundar su posición en los “principios liberales y humanitarios” (p. 75) que imperaban en los Estados Unidos, otro país de inmigración de masas.

40. El artículo se titulaba sugerentemente “Algo funesto engendrado por los revolucionarios. El extranjero en acción”, *Nueva Época*, Santa Fe, 06/08/1893.

El acontecimiento también dio lugar a un fuerte cruce en el Senado nacional entre el ministro de Guerra Aristóbulo Del Valle, que justificaba la acción armada de los colonos, y el ex-gobernador autonomista José Gálvez. Mientras tanto, la disputa periodística continuó en Santa Fe incluso una vez que la provincia fuera intervenida militarmente después de la revolución de septiembre del mismo año y que los autonomistas se impusieran de forma fraudulenta a una coalición opositora integrada por los radicales en las elecciones a gobernador de febrero de 1894.

Para lo que aquí nos interesa, esa coalición constituyó la piedra de toque para que los radicales santafesinos, desorganizados por la derrota y el exilio de muchos de sus principales dirigentes, emprendieran la reorganización partidaria al calor de esa alianza entre facciones de la elite santafesina, que incluía además a mitristas e “independientes”. Pero los hombres del radicalismo tomarían rápidamente la iniciativa y el argumento esgrimido sería una vez más el patriotismo. Un mes antes del aniversario de la revolución provincial del año anterior, los aliados constituyeron la “Liga Patriótica 30 de Julio”, tomando como símbolo la fecha revolucionaria de los radicales. El nombre era sugestivo y, a la luz de los antes expuesto, no constituía una novedad. De hecho, en el acto de instalación en el teatro Politeama de la capital provincial, el orador Tomás Cullen afirmó que “La Liga Patriótica que hoy se inaugura en Santa Fe, es hija legítima de la Unión Cívica del 90”⁴¹, lo cual intentaba salvar las diferencias suscitadas entre radicales y mitristas que, sin embargo, no habían sido muy marcadas en la provincia.

En lo que hace a los objetivos declarados de la Liga, además de los obviamente políticos, los mismos se centraron en “educar al pueblo en sus derechos”, promoviendo “conferencias doctrinarias”, y en la “naturalización de los extranjeros”, que se sostenía como una bandera ahora más necesaria porque los mismos habían sido el eje de la crítica autonomista. Pero lo más importante fue la decisión de que la Liga Patriótica se encargara de organizar la conmemoración del aniversario de la revolución radical, para lo cual se instalaron comités de la misma en localidades cercanas a la capital, incluyendo colonias como Esperanza, Rafaela y San Gerónimo.

Los responsables de la Liga, cuyo presidente era uno de los líderes revolucionarios radicales, Carlos Gómez, emitieron también diplomas a sus miembros, en cuya iconografía un escudo nacional presidía una imagen compuesta por un revolucionario armado y las figuras de la Libertad, la Ley y la Justicia⁴², mientras que dirigentes de los Comités radicales de Santa Fe y Rosario confeccionaron medallas con el lema “Valor, constancia y patriotismo”⁴³, que serían entregadas para lucir por los combatientes del año anterior en los respectivos desfiles conmemorativos celebrados en ambas ciudades, repartiéndose también a los extranjeros. El gesto hacia estos parecía actuar entonces como una forma de “nacionalizarlos”, presentando su participación en las acciones revolucionarias como un acto de patriotismo, invirtiendo los argumentos de los políticos y publicistas del autonomismo. Como afirma Bertoni, la prédica “antigringa” de los autonomistas santafesinos en el Parlamento nacional en 1894

41. Extraído de *La Unión Provincial*, Santa Fe, 12/06/1894. Este diario afirmaba, en el lenguaje típico del radicalismo, que “pertenecer a la Liga es así un deber de patriotismo y una muestra de virilidad cívica.”

42. Un ejemplar de los diplomas en el Archivo José Rodríguez y Martín Rodríguez Galisteo, Archivo General de la Provincia de Santa Fe.

43. El facsímil de la misma en la publicación especial *30 de julio. 1893-1894*, Rosario, 1894, Archivo Manuel Cervera, Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe.



para legitimar sus diplomas obtenidos en las pasadas elecciones fraudulentas, “estaba destinada a justificar al grupo gobernante y a socavar la simpatía que los rebeldes habían logrado en buena parte de la opinión pública. Convertía a los autonomistas gobernantes en las víctimas de una agresión de los extranjeros”⁴⁴

La liturgia y la simbología desplegadas para los rituales conmemorativos de la revolución de julio de 1893 en Santa Fe y Rosario -que podemos pensar como correlatos en escala de lo que ya se venía realizando por los radicales en Buenos Aires, con la intervención de miles de personas entre protagonistas y público, si confiamos en la prensa⁴⁵ permiten una vez más ubicar al radicalismo, si bien con las particularidades de su configuración provincial, en esa cultura política nacional a la cual él también contribuía a dar forma, extender y reproducir, a medida que moldeaba su propia identidad partidaria. Si atendemos a la descripción que el diario radical de Rosario *El Municipio* realizara de la procesión cívica de 1894, la combinación de lo nacional y lo partidario, fundiendo sus componentes y permeando a los participantes, es elocuente:

“Todos venían correctamente formados, con sus banderas y estandartes y tómulos de coronas, placas y cruces para depositarlas en las tumbas de los mártires. (...) Algunos clubs acompañaban la bandera patria con la roja y blanca de la revolución (...) muchos ciudadanos y algunos extranjeros de nobles ideales que se batieron en julio, adornaban sus pechos con la medalla con que el pueblo agradecido premió su esfuerzo”⁴⁶

El hecho de que se promoviera y difundiera como un dato a destacar la intervención de mujeres y niños, argentinos y extranjeros, permite afirmar que lo que se intentaba expresar era un consenso social y político, permeado por la idea de “acto patriótico”, en torno al accionar de la UCR, una forma, en suma, de concebirla como un hecho cultural. Así como los mítines y conferencias de la Unión Cívica originaria intentaban representar una opinión que trascendía la idea de los “partidos tradicionales”, la “conferencia cívica” organizada por los radicales capitalinos en 1895 repetía la fórmula, destacando la prensa la presencia en el teatro de hombres y mujeres de “distinguidas familias” de la elite local -dando cuenta de los espacios de sociabilidad en donde se tejían estas solidaridades políticas, al menos en nivel de la dirigencia-, donde luego “apareció en el escenario el Comité Central en pleno. En el fondo veíase, sobre un trofeo de banderas, el retrato de San Martín; hacia el centro, de un lado la enseña del Parque y del otro la santafesina de la revolución de Julio; en el frente mismo los retratos de Alem y Candiotti”⁴⁷, haciendo partícipes a los líderes de la revolución de 1890 en Buenos Aires y de 1893 en Santa Fe del panteón de próceres encabezado por quien fuera elevado al rango de máximo héroe nacional.

44. Bertoni, L. A., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, op. cit., p. 157.

45. Hemos analizado con mayor detalle los rituales conmemorativos de los radicales santafesinos en Reyes, F., *Armas y política en la construcción de un partido*, op. cit.

46. *El Municipio*, 31/07/1894.

47. La descripción corresponde a *La Unión Provincial*, 13/08/1895.

Pero este tipo de asociaciones entre la identidad partidaria y la identidad nacional generaba también rechazo entre quienes no se resignaban a aceptar lo que consideraban una impostura. Es el caso del corresponsal del mitrista diario *La Nación* ante una de las más masivas manifestaciones llevadas a cabo por la UCR en sus años fundacionales (las cifras de la prensa oscilan ampliamente entre 8000 y 30.000 asistentes) -precisamente para el segundo aniversario de la revolución santafesina en Rosario, de la cual participaron no sólo los trece clubes radicales de esa ciudad, sino también los miembros del Comité Nacional y más de cincuenta delegaciones provinciales-, quien describía entre admirado e irónicamente reprobador:

“(…) con escarapelas todos: los guías con banderas, algunos clubs, de boina blanca, moviéndose y deteniéndose a la voz de mando. Demasiada organización tal vez. Estos desfiles se avienen mal, en mi concepto, a lo que deben ser actos populares (...) algunas bandas de música, no pocas banderas, compartiendo muchos conmigo la penosa impresión causada al ver la sagrada enseña patria escoltando el estandarte radical rojo y blanco (...) Pero, ¡alto! Que ahí viene la libertad (...) En resumen, la consabida niña bonita y dulce, de azul y blanco la túnica, el gorro tradicional. En andas la llevaban varios membrudos mocetones, de boina blanca”.⁴⁸

V. Algunas conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos intentado reconstruir y exponer la forma en que el motivo “nacional” y “patriótico” constituyó un dato virtualmente omnipresente en los orígenes de la Unión Cívica Radical. Dicha referencia se manifestó fundamentalmente, antes que nada y según la retórica de los mismos actores, como un sentimiento, una pasión política basada en la experiencia de la ciudadanía y en la invocación a una tradición histórica.⁴⁹ En este sentido, el patriotismo republicano de los hombres de la Unión Cívica y luego del radicalismo actuaba como uno de los más poderosos legitimantes de una acción política que se oponía a quienes ocupaban los poderes constitucionales. Pero, al mismo tiempo, la exaltación de ese sentimiento y esos valores nacionales se remetían a un conjunto de mitos, ritos y símbolos que excedían con mucho a la identificación particular de los cívicos y radicales, debido a que esa misma operación era la que permitiría darle un mayor consenso a sus intervenciones políticas, dándose el caso de que muchos de quienes habían institucionalizado esas prácticas desde el Estado nacional eran sus opositores políticos. Avanzando un poco más, hemos podido demostrar que el propio fenómeno de construcción identitaria del radicalismo en esa década de 1890 tendía a una sacralización tanto de la idea de Patria como del propio colectivo, terminando por fundir uno en otro, confundiendo a la parte con el todo.

El hablar en nombre de esos valores nacionales a la hora de intervenir en la lucha política dio lugar también a impugnaciones que, en casos como el de las revoluciones de 1893, alcanzó a los mismos radicales a raíz de la participación de los colonos, generando una verdadera disputa por apropiarse

48. La cita del corresponsal de *La Nación* se reproduce en *Nueva Época*, 18/09/1895. Una descripción similar, aunque más exaltada, hace *El Municipio*, 17/08/1895.

49. Violi, M., “El sentido olvidado del patriotismo republicano”, en: *Isegoría*, Instituto de Filosofía CSIC, n° 24, 2001.



del sentido de lo patriótico, encontrando al propio como “verdadero” y al del adversario como falsedad o impostura, evidenciando esa disputa que algo en común estaba en juego dentro de esa gran familia que se constituía como una cultura política nacional. Pero, como se sabe, las disputas por la identidad también podían instrumentalizarse para dirimir pujas al interior de la propia agrupación, tal como ocurriera con la división de la Unión Cívica. Después de una nueva división y virtual desaparición de la UCR hacia finales de la década, un nuevo proceso de tradición selectiva se pondría en marcha en los primeros años del siglo XX rescatándose la experiencia fundacional del primer radicalismo, ahora en el marco de una cultura política nacionalista mucho más vigorosa y promovida fuertemente por el Estado nacional al aparecer nuevos conflictos y problemas en la agenda gubernamental y en la de las elites en general.

Fecha de recepción: Mayo de 2013

Fecha de aceptación y versión final: Noviembre de 2013